

como debiera serlo, merece una selección para que las maestras enseñaran a los pequeños. De nuevo mencionaremos el juicio de A. del Río sobre *Canciones*: «Lorca ha pasado en este libro, sin caer en el absurdo, por la lección aséptica de la deshumanización del arte, limpieza de elementos retóricos, realistas o falsamente emocionales...; también adopta el sesgo irónico, otra de las enseñanzas de la estética deshumanizadora. Pero la ironía discurre en todo el libro por cauces de gracia sutil e inocente.»

Por esta época el poeta, en plena actividad, además de publicar da conferencias muy interesantes que nos ilustran sobre su propio arte. En 1927 habla sobre «La imagen poética de don Luis de Góngora» y hace un encendido elogio de la metáfora y dice que en ella se basa toda la poesía vanguardista.

En sus viajes por España García Lorca rebusca lo popular y recoge elementos tradicionales de canciones y poesías del pueblo. «Las nanas infantiles» es el tema de otra conferencia dada en 1930, donde estudia esta ingenua forma poética, que será fuente de su inspiración. Estamos ya en ese momento en que las poesías y coplas de García Lorca, también las de Alberti, alcanzan tal popularidad que aparecen anónimas y el pueblo se las transmite de boca en boca. García Lorca, ahora, también de la mano de Alberti, entra en la «terra incognita» del surrealismo. El tránsito se ha hecho a través del puente mágico de la poesía popular. Precisamente Alberti, en una conferencia sobre «La poesía popular», acompañado al piano por Federico García Lorca, hace la definición del surrealismo hacia el que se encaminan, y dice que es «Una exaltación

de lo ilógico, lo subconsciente, lo monstruoso sexual, el sueño, el absurdo... El surrealismo existía ya desde mucho antes que los franceses trataran de definirlo y exponerlo en sus manifiestos. El surrealismo español se encontraba precisamente en lo popular, en una serie de maravillosas retahilas, coplas, rimas extrañas, en las que, sobre todo yo, ensayé apoyarme para correr la aventura de lo para mí hasta entonces desconocido.»

Aparece un nuevo libro titulado *Poeta en Nueva York*. Ya no hay romances ni rima de baile. Sólo verso libre. Ya no hay localizaciones españolas. Sí, en todo caso, la reacción de un español en la ciudad de los rascacielos y la técnica, y el asombro y el terror del poeta sumergido en una civilización monstruosa de una urbe desmesurada y científica. Brotan imágenes de un fondo subconsciente y extrañas asociaciones hacen que esta poesía sea plenamente surrealista. García Lorca con este libro se incorpora a las más difíciles tendencias de la estética moderna.

De vuelta a España, como era de esperar, su temperamento dramático desemboca en el teatro. Dirige «La Barraca» con la que recorre los pueblos, dando representaciones del teatro clásico español. Estrena «Bodas de sangre», drama lírico y pasional lleno de resonancias simbólicas, con el que inaugura la serie de piezas que componen su teatro poético. A éste sucede «Yerma», el drama de la mujer casada estéril, y «La casa de Bernarda Alba», en cierto modo, también drama de la estéril soltería. Por otra parte, frente a estas fuertes tragedias pasionales, veteadas de lirismo poético, opone sus farsas burlescas y juguetonas con aire de guiñol o de comedia dieciochesca italiana. Así, «La za-